

«CREAR HUELLAS EN LA HISTORIA DEL MUNDO»

6. Una forma concreta

de Luigi Giussani*

En Navidad celebramos la iniciativa de Dios que, como «acontecimiento», acontece no allí donde decida el hombre sino allí donde decide Él, de «una forma histórica concreta» y «en términos humanamente comprensibles». De esta iniciativa nacen nuevos vínculos entre los hombres y surgen lugares semejantes a «casas» en los que poder volver a vivir la familiaridad con el Señor presente.

Durante los meses y las vacaciones que acabamos de pasar, ya hemos visto configurarse «vínculos» y «lugares» (presentaciones, testimonios, momentos de estudio), que son fruto de encuentros y acontecimientos inesperados que han redefinido el valor de términos como «virtual» o «a distancia», dando carne y sangre a nuestro trabajo de Escuela de comunidad. Invitamos a todas las comunidades a mirar esta vuelta a la rutina como una oportunidad para continuar (o tal vez comenzar) este camino de manera disponible, con creatividad e inteligencia.

Para ayudarnos a reconocer estos lugares en nuestra historia, proponemos seguir trabajando hasta finales del mes de enero el segundo capítulo, punto 8. La forma concreta de la elección es el templo en el tiempo (pp. 106-116), del libro de L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019.

Recordamos que se pueden enviar preguntas y testimonios a la web:

<http://eventi.comunioneliberazione.org/gcontributi/>
en la sección «Escuela de comunidad».

8. LA FORMA CONCRETA DE LA ELECCIÓN ES EL TEMPLO EN EL TIEMPO

El yo nuevo nace del gesto de elección de Cristo que lo inserta en la compañía humana que genera Su Espíritu, en la Iglesia. Esta elección asume siempre una forma histórica concreta.

Cristo toma al hombre en el Bautismo, le hace crecer, engrandecerse, y mediante un encuentro hace que experimente la cercanía de una realidad humana distinta, correspondiente a él, persuasiva, educativa, creativa, que de algún modo le choca. Entonces el hombre dice: «me voy con ellos»; es decir, acepta adherirse al impacto que ha sentido y que le empuja hacia esa realidad humana que ha conocido. Lo acepta porque algo le ha sorprendido, aunque sea un soplo. Porque el Señor obra también con susurros sutiles: «Entonces pasó el Señor y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante el Señor, aunque en el huracán no estaba el Señor. Después del huracán, un terremoto, pero en el terremoto no estaba el Señor. Después del terremoto fuego, pero en el fuego tampoco »

* Del libro L. Giussani - S. Alberto - J. Prades,
Crear huellas en la historia del mundo,
Encuentro, Madrid 2019, pp. 106-116.

» estaba el Señor. Después del fuego el susurro de una brisa suave». ¹²⁸ El Señor estaba en el susurro de ese ligero soplo de viento.

Aunque sea por un soplo de viento, aunque sea solo durante un momento, el hombre advierte un atractivo, una sugerencia, intuye algo que es más bello, que le corresponde más, que es mejor. Y dice «sí». Ese encuentro podía haber ocurrido con cien mil temperamentos o capacidades de fascinación humana diferentes, pero él ha tenido este concreto. Se ha encontrado con una determinada compañía y ha percibido el susurro nuevo de una promesa de vida, ha presentado una Presencia que corresponde a la expectativa original de su corazón. Por eso es esta, y no otra, la compañía mediante la que Cristo se ha vuelto compañero de su vida y se ha juntado con él para ayudarle en su camino. En esta compañía él puede repetir las palabras más grandes y asombrosas: «Mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene». ¹²⁹

El misterio de Dios, que en caso contrario se percibiría como algo lejanísimo, abstracto, se convierte de este modo en algo que nos urge para la vida de cada día, en sugerencia para la forma de mirar el cielo y la tierra, en emoción y conmoción para abrir de par en par el corazón a una determinada preferencia, que será verdadera si a su vez nos abre a las necesidades de todo el mundo, participando así en la piedad grande de Cristo. Porque la piedad de Cristo floreció en el mundo a través de preferencias: Juan, Simón... Pero no se hubiera tratado de verdadera preferencia si no hubiera sido signo de la piedad grande y nueva de Cristo hacia todo el mundo.

La compañía con la que nos topamos tiene determinadas características: por consiguiente, nos encontramos en ella precisamente porque reconocemos esas características, un determinado acento, un determinado atractivo, una determinada figura.

La morada del hombre

Dios se revela a sus criaturas en el tiempo y en el espacio, es decir, en términos humanamente comprensibles. Su Misterio, como tal Misterio, se comunica al hombre irresistiblemente. ¹³⁰ Esta afirmación lleva consigo una característica absolutamente paradójica: Cristo, significado de todo el tiempo y de toda la historia, entra en comunicación con el ser humano, se desvela, en un punto del tiempo y del espacio. A través de circunstancias contingentes y dadas de una vez por todas se precisa de forma documentada lo que el hombre está llamado a oír, a conocer, a reconocer, a testimoniar, de la elección familiar a la que Dios se vincula y que condiciona la relación con él. Estas circunstancias implican la existencia de un lugar en el que Dios pide que todo se centre y se lleve a cabo como signo de Su relación con el hombre y del hombre con Él, y que, por consiguiente, esté totalmente en función de la voluntad de Dios en la historia. Este lugar se llama bíblicamente «morada», «casa», «templo». El templo es el lugar donde el hombre se encuentra con la compañía de su Señor, al oír en él su voz y su mensaje; es el lugar donde el Señor indica el camino, el trozo de camino que a Él le interesa señalar y donde todo (la compañía entre los hombres y con las cosas) nos recuerda y nos llama a aproximarnos al destino. Esta es la respuesta a la necesidad última que tiene la razón del hombre y que expresan las palabras de Moisés: «Si no vienes en persona, no nos hagas salir de aquí. [...] Muéstrame tu gloria». ¹³¹

Es Otro quien ha hecho que nos encontráramos con lo que es decisivo para introducirnos en una relación segura y definitiva con nuestro Destino. Y la forma que tiene este encuentro »

¹²⁸ 1 Re 19,11-12.

¹²⁹ Sal 63(62),9.

¹³⁰ Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 207.

¹³¹ Cf. Ex 33,11.15.18. Cf. también L. Giussani, *El rostro...*, op. cit., pp. 31ss.

» es una compañía precisa, cuyo inicio y cuyo desarrollo se pueden fechar, con un rostro que la diferencia de todas las demás compañías. Es justamente lo que haría un padre —«un buen padre», añadiría Péguy—, que siempre trata de proponer a su hijo lo más conveniente, lo más adecuado y posible para él.

Esta compañía que establece para nosotros el Espíritu de Cristo tiene una estructura, una osamenta, un parámetro constitutivo preciso.

Ese parámetro fundamental para que se constituya la estructura de esta compañía es la «casa» o «morada». Una morada es como el lugar donde se coagula la compañía, la comunidad, la caridad, en una dimensión real, cotidiana, de espacio. Desde esta casa arranca todo, desde ella todo puede comenzar de un modo nuevo, todo se incrementa, se ordena, se refuerza, se enternece. Todo se convierte en amor: la gente que conocemos por la calle, las personas con las que nos encontramos casualmente en el rellano de la escalera, ese con el que nos chocamos en el metro, y hasta la gente con la que compartimos el trabajo, ese sitio y ese gesto que tantos viven sin sentido, se convierten en posible objeto de amor. Todo puede volverse objeto de amor si se parte de esta morada.

La gran morada de la Iglesia se encarna, se realiza, en terminales capilares (como las venas, que terminan en vasos finísimos) mediante los cuales ella se hace presente en cada lugar elegido previamente por el designio de Dios. La gran morada de la Iglesia se realiza así dentro de las casas, de las moradas, lugares donde se condensa, donde se coagula su vida en una dimensión cotidiana de espacio y de tiempo.

Dicha morada puede ser de dos tipos:

a) *Familia*

La casa de los que están llamados a formar una familia y a plasmar, en consecuencia, el instrumento generativo del que brota el sujeto de toda la acción histórica, el protagonista del plan de Dios que es el hombre. Esta es la vocación normal, sin la cual se acabaría la historia: la familia, raíz del desarrollo perenne de la historia, casa de Jesús, morada del Hijo del hombre.

La familia es un signo original que nos ha dado el mismo Creador. En efecto, el instrumento que es más decisivo para introducirnos en la relación definitiva con el destino y, por consiguiente, ya desde ahora con la verdad, la belleza y la justicia en nuestra relación con cualquier cosa o persona, no lo elegimos nosotros, está establecido: es Otro quien establece ese instrumento. Precisamente aquel que da a nuestra naturaleza ese factor constitutivo que la urge a reclamar una estima y una gratuidad recíprocas, precisamente Él ha creado la primera figura experimental que permanecerá durante toda la historia, un lugar donde esa exigencia de caridad resulta estable y esencial: la familia.

La compañía entre el hombre y la mujer es para generar un pueblo. Un hombre y una mujer se casan: este gesto significa que cada uno de ellos identifica en el otro un signo de su relación con el todo, con el sentido de todo, que Dios ha donado a su vida. El encuentro entre un hombre y una mujer no puede definirse por la exclusiva finalidad de tener hijos, sino ante todo por constituir una compañía para caminar hacia el Destino, una forma de realizar la finalidad fundamental que tiene cualquier tipo de compañía humana. Este vínculo sirve de ejemplo, por tanto, para cualquier otra compañía. En el ideal de la familia se inspira también la forma de la convivencia de quienes se consagran a Dios; y el que vive la familia, a su vez, encuentra en los que se consagran a Dios un ejemplo práctico de la totalidad de ese ideal, lleno de atractivo y de consuelo para él mismo.

De hecho, históricamente Dios quiere que tenga continuidad esa compañía inicial entre hombre y mujer y les convierte en padre y madre. De modo que un hombre y una mujer no »

» pueden fundar una relación estable y ser uno para otro compañía hacia el Destino, más que en la medida en que estén dispuestos ambos a colaborar en el plan que Dios tiene sobre el mundo, es decir, en la creación, en la generación de un pueblo que recorra todo el camino de la historia para desembocar en el mar de la gloria definitiva de Cristo el último día.

¿Qué hace falta para que un hombre y una mujer lleguen a ser padre y madre? Ante todo una mirada distinta entre ellos. Un hombre que mire a su mujer solo por la ternura que suscita en él o la palpitación que hace brotar en él, puede procrear, llegar a ser padre en sentido meramente biológico, aun por casualidad. Pero Dios, vigilante, agarra incluso este primer momento sin sentido y lo llena inmediatamente del significado con el que debe vivirse, el significado del que está hecho ese momento. Una vez que el niño ha sido concebido, cualquier padre, aun el que tiene la sensibilidad más extraña, más dura, después de la primera sorpresa empieza a reflexionar. Mira a su mujer de manera distinta. Los dos se miran de un modo nuevo. La primera condición de esa nueva mirada entre ellos es la permanencia, el vínculo esencial del que se extrae el perfume de la pertenencia. En este punto es cuando comienza lo mejor: la gratuidad. Debido a ella, aunque la mujer traicionara al hombre, este la perdonaría, y viceversa. Y, sobre todo, aunque la mujer ya no le gustara, el camino seguiría siendo el mismo y el vínculo igual, o mejor, más perfecto, es decir, más gratuito. Con esta gratuidad el amor se ve casi obligado a entrar por el camino estrecho que desembocará en la caridad.

Lo que da comienzo a este vínculo es un Acontecimiento, igual que un niño supone un nuevo inicio para una familia: en ese Acontecimiento brota el vínculo estable, es decir, de pertenencia. Y entonces la vida empieza a sentirse satisfecha, a gozar de ella misma en un sentido justo, como criatura que es. Se produce un salto cualitativo en la mirada recíproca entre hombre y mujer, pues se vuelve posible el respeto (*respicere*), y la relación se vuelve cada vez más significativa como signo de la totalidad, esto es, como signo de la colaboración con el Reino de Dios. La conciencia de estar participando en la construcción del Reino de Dios infunde una onda nueva en el corazón que hace que el sentimiento amoroso —a través de esa tremenda angostura que es la cruz— se convierta en auténtica caridad, alcance la virginidad, la gratuidad, es decir, la caridad como participación en la virginidad, pues la virginidad es la totalidad de la vida cuando se vive reconociendo que Cristo es todo en todos.¹³²

b) *Monasterio*

El segundo tipo de morada es el monasterio. Esta es la palabra etimológicamente más significativa de todas las que indican la «morada» de quienes están llamados a la virginidad como forma de vida. Monasterio deriva de *monos* (solo, solitario); efectivamente, la relación de la humanidad con Dios, con el Misterio, se traduce en conciencia, libertad y amor en el individuo, se traduce en un «yo» nuevo. Pero «monasterio» quiere decir muchos «yo» que viven juntos. Porque el ejemplo del eremita tiene un carácter de provisionalidad que no se convierte en ley: todos estos *monoi* expresan y documentan de un modo u otro el hecho de que son una sola cosa entre ellos dentro de la Iglesia de Dios y por eso se juntan. De aquí viene la otra palabra, análoga a la palabra monasterio: «convento» (juntarse).

Monasterio, convento o, como expresión de ciertas formas nuevas de consagración a Dios, «casa»¹³³, conforme a las diversas modalidades de llamada, son cosas que hacen, crean y construyen personas que han sido elegidas como piedras vivas¹³⁴ para formar —para generar— una existencia que todos puedan experimentar, con la que se demuestre, por su misma forma visible, que «solo Él es». En el monasterio, el convento o la casa, estas piedras vivas, los »

¹³² Cf. Col 3,11.

¹³³ Cf. L. Giussani, *El templo y el tiempo...*, op. cit., pp. 23-25.

¹³⁴ Cfr. 1 Pe 2,5.

» que están llamados y elegidos para ello, están ahí para demostrar con la virginidad, forma visible de su misma vida, que solo Él es, esto es, que Cristo es Rey del Universo (*Christe cunctorum dominator alme*)¹³⁵ y que todo consiste en Él (*omnia in Ipso constant*).¹³⁶

Monasterio, convento o casa son, por tanto, lugares creados para que quienes habitan en ellos aprendan a proclamar ante todos, en cada instante –pues toda su vida está hecha para eso– que Cristo es lo único por lo que vale la pena vivir, que Cristo es lo único por lo que vale la pena que el mundo exista.

Así pues, la morada –que se vive como familia, monasterio, convento, «casa» de los *Memores Domini*¹³⁷ o como grupo de *Fraternidad*¹³⁸– es el lugar, el templo, donde uno aprende a ver en el tiempo y en el espacio, en el otro concreto, el misterio de Cristo. Se comprende entonces por qué también la comunidad de instituto de enseñanza media o de universidad es como una casa o una familia, y por qué también la comunidad del lugar de trabajo, la comunidad de barrio o un pequeño grupo determinado son casa o familia, parte de una morada total, más grande, que se llama Iglesia. Y así descubrimos también cuál es el valor de ese trozo de Iglesia que existe en el sitio donde habitamos y que se llama «parroquia», es decir, la realidad del amor de Dios cercana a nuestra casa («parroquia», etimológicamente, quiere decir «cerca de casa»). Y es ahí también donde la comunidad, la amistad entre nosotros, se alimenta con los Sacramentos y con el anuncio de la Palabra de Dios. ¡Qué grande se vuelve la imagen de la parroquia cuando se piensa en que ella vive como Iglesia! Una parroquia no puede vivir sola, no subsistiría: es un trozo de Iglesia que está donde yo habito.

En la casa, en la familia, entre esos amigos, nos encontramos continuamente con el Acontecimiento de esa Presencia, que, si la reconocemos, cambia la mirada y el sentimiento de uno mismo y de todas las cosas. Dentro de la casa uno ve en el rostro del otro el misterio de Cristo presente. Uno aprende de las mismas dificultades de relación –iluminadas por el juicio que permite Su Presencia– a ver en el otro el misterio de Cristo. Para cada uno de nosotros la compañía se traduce en algo verdadero al coagularse en el espacio de una morada cotidiana real: una casa, una morada donde todas las cosas se juzgan de tal modo que nos hace sentir su destino común, su finalidad común. Por eso la relación con todas las cosas se convierte en ocasión de bien dentro del transcurso del presente, en algo continuamente capaz de recuperarnos, de provocar alegría, de ser fuente de gozo, de seguridad y de amor, cuya culminación es el perdón. La tradición cristiana siempre ha tenido este sentido de veneración por la morada terrena que refleja la gloria de Cristo en el mundo:

«Oh casa espléndida y luminosa
 desde siempre amo tu belleza
 y el lugar donde habita la gloria de mi Señor,
 Aquel que te ha construido y te posee.
 Suspira por ti mi peregrinación,

»

¹³⁵ C. Blume (ed.), *Christe cunctorum dominator alme*, Himno para la dedicación del templo, en *Analecta Hymnica Medii Aevi*, vol. 27, Leipzig 1897, p. 265.

¹³⁶ Col 1,17.

¹³⁷ Los *memores domini* son personas que viven la dedicación a Cristo y a la Iglesia en la virginidad. Esta experiencia ha nacido en el movimiento de Comunión y Liberación. La asociación *Memores Domini* (familiarmente llamada «Grupo Adulto») se propone llevar a cabo una presencia misionera precisamente mediante la forma de la virginidad para llevar la fe a la vida de los hombres, yendo a su encuentro en cualquier lugar, pero de modo especial en los diversos ámbitos del mundo del trabajo: la enseñanza, las oficinas, las fábricas, etc. En principio, los *memores domini* viven juntos en «casas», en una compañía formada por tres a doce personas.

¹³⁸ La *Fraternidad de Comunión y Liberación* es una Asociación pública de fieles reconocida por el Pontificio Consejo para los Laicos el 11 de febrero de 1982.

- » y le digo a Quien te ha hecho
que me posea también a mí en tu interior,
porque también a mí me ha hecho Él.
[...]
Jerusalén, morada eterna de Dios,
que no se olvide de ti el alma mía,
después del amor por Cristo, sé tú mi gozo;
que el dulce recuerdo de tu beato nombre
me saque de la tristeza y de lo que me oprime». ¹³⁹

Lo que debemos construir es otro mundo, y somos los primeros testigos de Él. Testigos de esa unidad normalmente imposible que, por el contrario, se vuelve experiencia en nosotros y nos hace posible soportarnos, tener paciencia y misericordia los unos con los otros, que nos permite compartir todo y ser magnánimos en cualquier circunstancia. A nosotros se nos ha llamado a empezar la creación de este mundo nuevo. La casa es el espacio donde la relación con Cristo está fija en todos nuestros actos, en todos nuestros gestos, y por eso nos hace constructores de una realidad nueva.

La morada (familia, monasterio o casa) indica una realidad en la que se viven las relaciones cotidianas con paciencia, con comprensión, donde todo es para nosotros, donde todo nos acoge, donde todo nos empuja a la esperanza, donde todo cura las heridas, donde todos nosotros por entero, todo lo que somos, es aceptado. Como decía Gregorio de Nisa: «El vínculo de nuestra unidad es una auténtica gloria». ¹⁴⁰

La Iglesia vive en el contexto grande del mundo entero por medio de estos terminales capilares. La Iglesia es la realidad a la que Dios ha confiado el sentido del tiempo. Ella lleva consigo de año en año, de siglo en siglo, de hombre a hombre, el sentido de la historia. Fuera de la Iglesia todo se hace pedazos y se desintegra. Por eso, inversamente, cada uno de nosotros, como recuerda el profeta Isaías, está llamado a ser «reconstructor de ruinas antiguas», ¹⁴¹ de humanidades destruidas. Cada uno de nosotros, esté donde esté, se convierte todos los días en un signo de la bondad de Jesús, de Su voluntad de bien para el hombre: «Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, ‘como ovejas que no tienen pastor’». ¹⁴² Nosotros formamos parte de esta grey que Él guía, de Su piedad por la humanidad que busca el bien, la verdad, el amor, la justicia y la felicidad. Efectivamente, «¿quién podrá hablar del amor al hombre propio de Cristo, desbordante de paz?». ¹⁴³

Un Acontecimiento produce continuamente un vínculo, una pertenencia, un modo de vida distinto, una moralidad nueva, una perfección de la que procede el fruto que colabora en construir el jardín terrestre, el paraíso terreno. De modo que tenemos nuestra parte en la puesta en práctica del plan de Dios, en la manifestación de la gloria humana de Cristo dentro de la historia.

¹³⁹ «O domus luminosa et speciosa, dilexi decorem tuum, et locum habitationis gloriae Domini mei, fabricatoris et possessoris tui. Tibi suspiret peregrinatio mea, et dico ei qui fecit te, ut possideat et me in te, quia fecit et me. [...] Hierusalem domus Dei aeterna, non obliuiscatur tui anima mea: post Christi dilectionem tu sis laetitia mea: dulcis memoria beati nominis tui sit releuatio moeroris et taedii mei» (Juan de Fécamp, «Confessio theologica» 23, 39, en *Pregare nel Medioevo*, Jaca Book, Milán 1986, pp. 241-242).

¹⁴⁰ «Hujus autem unitatis nexus est gloria» (Gregorio de Nisa, *Homilias sobre el Cantar de los cantares*, Om. XV, PG 44, 1118 A).

¹⁴¹ Is 58,12.

¹⁴² Mt 9,36.

¹⁴³ Cf. Dionisio el Areopagita, *De divinis Nominibus* 953 A 10.